

# DE LA BREVEDAD Y EL TEATRO

Fernando Almena

**A**sistimos a un progresivo auge de lo breve en narrativa. La más simple conclusión es atribuirlo al apresurado sistema de vida actual, en el que lector ha de recurrir a cortos períodos de tiempo para la lectura, por lo que huye de eternizarse con una obra de larga extensión. No deja de ser una paradoja la escasez y limitación del tiempo libre en la época de mayores logros en las reivindicaciones sociales de tiempo libre y ocio. Cuanto más tiempo menos tiempo. Es posible que esto tenga su incidencia en el gusto por lo breve, que el lector ocasional se sienta asustado ante una obra extensa, que se incline por la variedad que le ofrece lo breve, que su impaciencia lo conduzca a la lectura de relatos independientes cuyo inicio y final quedan asegurados en cada sesión.

Sin embargo, creo que existen razones más sólidas en ese gusto creciente por la brevedad. Cada vez más el lector opta claramente por la intensidad, por la eliminación de lo superfluo, por la elipsis, por la concentración en el suceso, por lo que se insinúa más que por lo que se describe, por la anécdota sobre lo anecdótico, por lo concreto por encima de lo ampuloso, por la síntesis. No significa la exigencia de menor extensión a todo texto, si no que la mayor esté justificada, que una obra no se alargue por la malsana ambición de ajustarla a unos cánones tradicionales o comerciales.

Es creciente el interés con que hoy se acoge el cuento, consecuencia del aprecio y consideración que recibe. Ya dejó de ser hermano pobre de la novela o una novela de corta duración. Ahora se le reconocen personalidad y valores propios, incluso se le considera la esencia de la narrativa y se le compara, por intensidad y emoción, con el poema. Me atrevo a decir: y viceversa. Esta apreciación del cuento se traduce en una creciente incursión de escritores en este género y la consiguiente mayor edición de libros de relatos, con indiscutible respuesta favorable de crítica y público.

Pero ¿qué ocurre con el teatro? No podemos hablar de idénticos resultados. Se puede detectar un auge en cuanto a edición de conjuntos de obras breves de un mismo autor, sobre las clásicas recopilaciones de varios, a causa de la mayor atención de los autores a este género. Han publicado recientemente Francisco Nieva, José Sanchis Sinisterra, José Luis Alonso de Santos, Alberto Miralles, Juan Mayorga y quien suscribe, entre otros. Pero el teatro, sin renunciar un ápice al lugar que le corresponde en la literatura, tiene como fin último el de ser representado, y ahí es donde aún se encuentra lejos del nivel alcanzado por el cuento en el mundo lector.

El cuento tiene su origen en los relatos de tradición oral, pero el término no se acuña, según el profesor Baquero Goyanes, hasta 1870. El teatro breve, sin necesidad de remontarnos más atrás, surge en el siglo XVI con los **entremeses**, inicialmente para ser representados entre dos actos de una comedia, entre la loa y la jácara o mojiganga, y de cuyos cultivadores destacan Cervantes y Don Ramón de la Cruz, y con los **pasos**, popularizados por Lope de Rueda.

A pesar de su tradición y de que ha continuado hasta nuestros días, el teatro breve no ha encontrado su sitio en nuestra escena. Sin duda se debe a la servidumbre impuesta por las salas y por el culto a la “duración habitual” de los espectáculos, como si la duración de una obra guardara relación directa con su calidad. Hartos estamos, tras una representación, de considerar excesiva su duración, cuando no se aprecia que ha sido alargada en busca de esa ¿mítica o paradigmática? “duración habitual”. Remito al lector al texto de introducción de Juan Mayorga a su libro de obras breves *Teatro para minutos*, publicado por Ñaque. Nos dice que un cuadro no se mide por la cantidad de pared que ocupa, sino por su fuerza, y denuncia el tópico dominante en el medio

teatral de que un texto importante debe durar por encima de la hora y media, sin cuya duración no es obra mayor. Coincido plenamente con él cuando afirma, asimismo, que el valor de una obra teatral depende de su intensidad, no de su extensión.

Cabe, por tanto, reclamar una mayor atención al teatro breve para llevarlo más allá de la enriquecedora lectura, hasta los escenarios, de modo que no se prive al espectador de la posibilidad de conocer obras que reúnen las características de cuanto se ha expuesto sobre la brevedad. Para que libere al autor de alargar textos que, en su justa medida, darían su verdadera fuerza e intensidad, para que incite a los autores a abordar este rico género. Abogamos por una implantación de nuestro teatro breve en las salas teatrales, pero no de forma esporádica, sino habitual. De igual modo que un conjunto de cuentos integran un libro, varias obras pueden ocupar la duración normal de una función, sean de uno o de varios autores, si bien de un único autor puede dar una visión más amplia del mismo. ¿Sería un disparate una sesión continua de teatro breve con posibilidad de que el público vaya renovándose según sus posibilidades o apetencias? Estoy seguro de que el teatro breve terminará por ocupar su merecido lugar en nuestros escenarios.